

golpes con que la maltrataron en aquel estado. A Juan, obispo de la misma ciudad, le apalearon, y sin respetar su venerable ancianidad le llevaron con escarnio de pue-

blo en pueblo, y viendo que no cesaba de confesar á Jesucristo, le cortaron los pies y las manos, y por último le degollaron en Valencia se le apareció San Isidoro, de quien era muy devoto, y le anunció estaba próxima su muerte y que así se confesase y preparase para la eternidad. En su regreso á Leon le conducian en una especie de silla de mano, llevada por los soldados y gente principal que miraban esto como un honor. Llegó finalmente á Leon en un sábado á 24 de diciembre de 1063, y derrochamente se fué á la iglesia de San Isidoro. Allí postrado adoró las sagradas reliquias, pidiendo á Dios con abundantes lágrimas llevase al cielo su alma, limpia de culpa y de mancha terrena. Todavía en aquella alegre noche de Navidad alternó con el clero los matines; y á la mañana siguiente, conociendo se le acababa la vida, pidió le cantasen una misa, en la que recibió el Santísimo Viático. Fué luego conducido al claustro donde se le puso cama; pero el día 26 por la mañana mandó se le volviese á llevar á la iglesia vestido con los adornos Reales; llegado allí se puso de rodillas en medio de los obispos, prelados y corte, que estaban enternecidos, y con voz vigorosa dirigió á Dios la siguiente fervorosa oración: «Tuyo, Señor, es el poder; tuyo es el reino. Tú eres el Monarca de todos los monarcas; y á tu poder se postran los reinos terrenos y celestiales. Por esto, Señor, el reino que recibí de tu liberal mano, y he regido mientras á tu voluntad ha placido, te lo devuelvo humildemente, y solo te suplico recibas mi alma en el eterno descanso luego que salga de mi cuerpo.» Hecha esta oración, se quitó el manto Real y la corona, y bajando su rostro hasta la tierra, pidió á Dios con muchas lágrimas le dispensase sus misericordias, imponiéndole los obispos la penitencia conveniente según el estilo de aquellos tiempos, cubriéndole su cuerpo con un rústico cilicio por manto, y su cabeza con ceniza por corona. Todavía vivió el día siguiente que fué la fiesta de San Juan Evangelista; y hácia el medio día rindió su espíritu al Criador en brazos de los obispos y de los sacerdotes, cantando todos: *pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

Encontrábase ya don Fernando en edad avanzada y con tres hijos capaces de reinar; y para que no se destruyeran con opuestas guerras intestinas despues de su muerte, juntó Cortes de sus reinos, y con su acuerdo y el de la reina dispuso dividerselos en esta forma: á don Alonso, que era á quien mas queria, le dió el reino de Leon; al primogénito, que era don Sancho, le hizo rey de Castilla; y á don García, que era el menor de todos, dió Portugal y Galicia; á sus dos hijas Urraca y Elvira dió el Infantado, las ciudades de Zamora y Toro con las regalías de los monasterios que él habia fundado, mientras se mantuviesen célibes. Donó muchas joyas y preseas á la Iglesia de San Juan, llamada de San Isidoro por haberse colocado en ella el cuerpo de este Santo en la traslación de que hace poco hemos hablado. Don Fernando además frecuentaba esta iglesia, asistiendo á los oficios divinos por el día y por la noche, teniendo un singular placer en ponerse á salmear con los cantores, edificando así á todos. Ni se limitó á esta sola iglesia su piadosa liberalidad sino que se extendió á todas las iglesias, sin olvidarse de distribuir abundantes limosnas á los pobres.

Pero aún no estaba satisfecho su celo: emprendió una nueva jornada contra los sarracenos de la Mancha, Murcia y Valencia, que con correrías y cabalgadas infestaban las fronteras, y no dejó en sus confines lugar llano, quintería ni granja que no desmantelase; tanto que llegó á ponerse á vista de Valencia, y es de presumir la hubiera tomado si no hubiera caído enfermo de peligro. Reducidos, pues, á su obediencia innumerables pueblos, retiróse á Leon sin hallar remedio á su dolencia. Dicese que estando cerca de

blo en pueblo, y viendo que no cesaba de confesar á Jesucristo, le cortaron los pies y las manos, y por último le degollaron en

Valencia se le apareció San Isidoro, de quien era muy devoto, y le anunció estaba próxima su muerte y que así se confesase y preparase para la eternidad. En su regreso á Leon le conducian en una especie de silla de mano, llevada por los soldados y gente principal que miraban esto como un honor. Llegó finalmente á Leon en un sábado á 24 de diciembre de 1063, y derrochamente se fué á la iglesia de San Isidoro. Allí postrado adoró las sagradas reliquias, pidiendo á Dios con abundantes lágrimas llevase al cielo su alma, limpia de culpa y de mancha terrena. Todavía en aquella alegre noche de Navidad alternó con el clero los matines; y á la mañana siguiente, conociendo se le acababa la vida, pidió le cantasen una misa, en la que recibió el Santísimo Viático. Fué luego conducido al claustro donde se le puso cama; pero el día 26 por la mañana mandó se le volviese á llevar á la iglesia vestido con los adornos Reales; llegado allí se puso de rodillas en medio de los obispos, prelados y corte, que estaban enternecidos, y con voz vigorosa dirigió á Dios la siguiente fervorosa oración: «Tuyo, Señor, es el poder; tuyo es el reino. Tú eres el Monarca de todos los monarcas; y á tu poder se postran los reinos terrenos y celestiales. Por esto, Señor, el reino que recibí de tu liberal mano, y he regido mientras á tu voluntad ha placido, te lo devuelvo humildemente, y solo te suplico recibas mi alma en el eterno descanso luego que salga de mi cuerpo.» Hecha esta oración, se quitó el manto Real y la corona, y bajando su rostro hasta la tierra, pidió á Dios con muchas lágrimas le dispensase sus misericordias, imponiéndole los obispos la penitencia conveniente según el estilo de aquellos tiempos, cubriéndole su cuerpo con un rústico cilicio por manto, y su cabeza con ceniza por corona. Todavía vivió el día siguiente que fué la fiesta de San Juan Evangelista; y hácia el medio día rindió su espíritu al Criador en brazos de los obispos y de los sacerdotes, cantando todos: *pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

Así murió el gran rey D. Fernando I, despues de haber reinado en Leon veinte y ocho años, seis meses y nueve dias. Bajo cualquiera punto que se considere fué uno de los mas grandes reyes que ha tenido España. Grande en el gobierno de sus Estados, no lo fué menos en virtud. «La vida del rey D. Fernando, dice el P. Mariana, fué señalada en cristiandad y toda virtud en tanto grado que en la ciudad de Leon cada año se le hace fiesta como á los demas que están puestos en el número de los Santos. Muchas iglesias de su reino hizo de nuevo, otras reparó con mucha liberalidad y franqueza, especialmente en Leon fundó las iglesias de S. Isidoro y de Santa Maria de Regla, y el monasterio de Sahagun en Castilla, donde ya que era viejo, cuando mas se dió á la oración y devoción, residia muy de ordinario, y cantaba muchas veces en el coro y comía en el refectorio con los frailes lo que estaba aderezado para ellos.» Su cuerpo fué sepultado en la misma iglesia de S. Isidoro en que murió; y junto á él fué luego enterrada su esposa Doña Sancha, que murió dos años despues el 15 de diciembre; muger no menos cristiana que D. Fernando, pues en toda su vida y principalmente en su vejez se ejerció en toda virtud y devoción. (N. del E.)

Rethra, capital de aquellos bárbaros. Abandonaron el cadáver, pusieron la cabeza en la punta de una pica, y fueron á presentarla como una ofrenda agradable á su dios Rigast. Apedrearon en Ratzburgo al monge Ansuero con muchos religiosos jóvenes discípulos suyos; y temiendo este santo maestro que el espectáculo de su propia muerte desanimase á sus discípulos, logró de los idólatras con otros pretextos ser el último á quien quitasen la vida. Cuando hubieron espirado aquellos se puso de rodillas, dió gracias á Dios, pidió por sus verdugos, y hecho esto se ofreció á la muerte recibiendo la con alegría.

Entraron despues los esclavones á sangre y fuego en la provincia de Hamburgo, y arruinaron enteramente la ciudad, cometiendo antes todo género de profanaciones. Destruyeron tambien la grande y opulenta ciudad de Sleswick. Por último, convinieron todos ellos en volver á abrazar el paganismo, resolviendo quitar la vida á cuantos perseverasen en la fé; y esta fué la tercera apostasia de aquella nacion inconstante y feroz, convertida en primer lugar por Carlo Magno, despues por la actividad y vigilancia del grande Othon, y la tercera vez por el príncipe Gotescalco. Pero la fuerza de la gracia es muy superior á la perversidad del hombre, y los recursos de la Iglesia triunfan de los esfuerzos del infierno. Muy luego veremos á estos mismos esclavones indómitos abrazar otra vez el Evangelio para no abandonarle jamás, y hasta dar ejemplos heroicos de firmeza y perseverancia.

Hubo tambien por el mismo tiempo algunos mártires en Escandinavia; los de que principalmente se habla son los Santos Erico y Alfardo, en cuyos sepuleros se obraban muchos milagros (1). Habiendo vivido Alfardo mucho tiempo en Noruega con unas

costumbres edificantes, murió á manos de sus propios amigos. Erico, estrangero en Suecia, á donde le habia conducido su celo, fué degollado cuando estaba predicando el Evangelio en las provincias mas remotas. El rey Estenquilo, que reinaba á la sazón, era cristiano y estaba dotado de grande piedad; pero se veia precisado á usar de tolerancia, á causa de la grande adhesión que tenia el pueblo á la idolatría, que ejercian con imperio y con mucho aparato en Suecia. La idolatría tenia en Upsal un templo famoso entre todos los demas, todo cubierto de oro, y donle se veian las estatuas de tres dioses: Thor, el mas reverenciado de los tres, sentado en medio de ellos en un trono, y á los lados Vodan y Friccon: Thor, á quien miraban como el dios del aire y del rayo, de los vientos, de las lluvias, de las estaciones y de los frutos de la tierra, tenia el cetro en la mano, á ejemplo del Júpiter de la antigua Roma: Vodan, armado como Marte, era tenido por el dios de la guerra; y Friccon, dios de la paz y de los placeres, estaba representado con la figura y escandalosos atributos de Priapo. Los suecos adoraban tambien á algunos hombres que juzgaban haber pasado á la clase de dioses por sus ilustres acciones. Cada nueve años se celebraba en Upsal una fiesta tan solemne, que todos sin ninguna escepcion estaban obligados á enviar sus ofrendas; de suerte que los cristianos se veian reducidos á redimir á un precio muy subido esta superstición. Se sacrificaban nueve muchos de todo género de animales, y sus cuerpos se colgaban en un bosque que habia cerca del templo, cuyos árboles se tenian por sagrados. Adan, canónigo de Bremen, de quien es esta descripción, añade, refiriéndose á un testigo ocular, que se habian visto sesenta cuerpos humanos colgados con los de las bestias. Los obispos Egenon y Adaluardo

(1) Adam Brem. lib. 4, c. 16. B. del C., tomo XVIII. — V. — HISTORIA ECLESIASTICA. — TOMO III.

se resolvieron á arrostrar todos los peligros para hacer demoler, ó quemar el templo, que era como el arsenal de aquella atroz idolatría; pero el rey Estenquilo, no menos prudente que piadoso, moderó su ardor, poniéndoles á la vista que lejos de promover por aquel medio los progresos de la verdadera Religión, la arruinarían sin recurso; que á ellos les quitarían la vida, sin darles ni aun el consuelo de oírlos; que le perseguirían á él mismo como cómplice de los malhechores públicos; y que como los cristianos recién convertidos estaban todavía débiles en la fé, volverían á abrazar el paganismo, según acababan de ejecutarlo los esclavones. Estas consideraciones contuvieron á ambos obispos, quienes ejerciendo mas útilmente su celo, recorrieron todas las ciudades de la Gothia, donde arruinaron otros muchos ídolos y convirtieron millares de idólatras.

El estado del cristianismo en Noruega era con corta diferencia el mismo que en Suecia; pero aunque el rey Haroldo era cristiano y hermano de un mártir, estaba muy distante de tener tan buenas disposiciones como Estenquilo. Era todavía, como sus feroces súbditos, muy dado á los sortilegios ó maleficios, á los que el rey Olaf habia mostrado tanto horror con peligro de su vida (1030). En vez de conmoverle los milagros obrados en el sepulcro de este ilustre mártir, predecesor y hermano suyo, robaba sus ofrendas y las distribuía entre los soldados. Quitó la vida á muchos cristianos con crueles suplicios, y destruyó algunas iglesias. Las advertencias que le dirigió el arzobispo de Bremen ó Brema, solo sirvieron para encolerizarle mas y mas, por lo que dió parte este prelado al Papa Alejandro II, quien escribió al príncipe en estos términos (1): «Hallándoos todavía poco ins-

(1) *Epist.* 2 tom. 9 *Conciliar.*

truido en la fé y en la santa disciplina, á Nos, que tenemos el cuidado de toda la Iglesia, toca ilustraros con frecuentes instrucciones; pero no permitiéndonos la larga distancia ejecutarlo personalmente, hemos dado esta comision al arzobispo de Bremen nuestro legado. Estad seguro de que oyendo su voz, y poniendo en práctica lo que él os dijere, obedecéis á la Santa Sede.» De esta carta aparece que habia mucha ignorancia que impedía en la conducta del rey Haroldo y en la de la mayor parte de aquellos bárbaros que apenas acababan de recibir la luz del Evangelio.

Las primeras naciones que se convirtieron, y que por lo mismo estaban mas firmes en la fé, no tenían menos necesidad de los auxilios del cielo contra la codicia y todas las demas pasiones humanas. La simonía, fuertemente reprimida, ejercía secretamente su pernicioso influjo hasta en el centro del imperio cristiano; y ese monstruo, enemigo de toda piedad, solía dar lugar algunas veces á los escándalos mas enormes. El obispo de Florencia Pedro, hijo de Theuzon Mezzabarba, hombre distinguido y de gran sencillez, se habia hecho sospechoso á su pueblo en esta materia odiosa. Habiendo ido Theuzon á ver al obispo su hijo, le hablaron así algunos florentinos astutos: «Señor Theuzon, una Silla como la de Florencia os habrá costado muy cara.» Theuzon respondió con su acostumbrada franqueza y marcialidad: «por el cuerpo de San Ciro, que no es posible conseguir del rey ni un molino sin dar mucho dinero. Vuestro obispado me ha costado tres mil pesos como un ochavo (1).» San Ciro habia sido el primer obispo de Pavia y le veneraban mucho en todo aquel pais.

En vista de una declaracion tan poco equívoca, se hacia muy vehemente la pre-

(1) *Ital. sacr. tom. 11, pag. 93.*

suncion; pero la prueba no era todavía completa. El obispo negó el hecho, y no le faltaron defensores. Los que tenían celo por la disciplina, y en especial los monges, empezaron inmediatamente á tratar al obispo de simoníaco, de sacrilego y de herege, y deduciendo las consecuencias prácticas con el mismo rigor, publicaron que no se podían recibir de su mano los Sacramentos, ni de la de los sacerdotes que él habia ordenado. Hallándose entonces en Florencia Pedro Damiano, intentó, aunque inútilmente, aquietar los ánimos, pretendiendo persuadir que nadie debia separarse del obispo, mientras no estuviera condenado, ni convicto jurídicamente; que la simonía era en efecto una heregia, ó que seria un herege el que quisiese justificarla; pero que perteneciendo á la Iglesia toda la plenitud de la gracia, los malos que estaban en su seno podían conferirla por medio de los sacramentos (1). No dieron oídos á este sábio cardenal, y llegó la division al último extremo. Querían mas los fieles morir sin sacramentos, que recibirlos de ministros reputados por simoníacos, y en poco tiempo murieron mas de mil personas sin un auxilio tan necesario. El horror con que se miraba á los obispos sospechosos, se estendió á las iglesias consagradas por ellos, en las cuales nadie queria entrar, y hasta se temia manifestarles alguna señal de veneracion al pasar por delante de sus puertas.

Entre todos los italianos que sobresalían en la vida monástica, ninguno lograba con mas justicia una veneracion igual á la que obtenía el santo abad Juan, fundador de la congregacion de Valumbrosa en 1051 (2). Hijo de un noble florentino llamado Gualberto, cuyo nombre conservó, siguió al principio la profesion de las armas á ejemplo de

(1) *Petr. Dam. Opusc. 30.*

(2) *Vit. sac. VI Bened. part. 2.*

sus padres. Habiendo sido muerto un pariente suyo, el homicida huía cuidadosamente del encuentro de todas las personas de la familia, quienes, según las leyes bárbaras, tenían derecho para vengar la muerte. Encontróle sin embargo Juan Gualberto en un camino estrecho donde era imposible escapar. El culpable, viéndole acompañado de dos escuderos, juzgó perdida su vida y se postró en tierra con los brazos puestos en cruz aguardando el golpe mortal. Impelido Juan de un movimiento súbito de la gracia, le dijo que se levantara y que en lo sucesivo no tuviese ningun temor. Fiel á esta primera inspiracion del cielo, entró Gualberto en la iglesia del monasterio de San Miniato, donde formó al punto la resolucion de huir de los peligros del siglo y entregarse todo á Dios. Puso por obra sin perder un momento su designio en el mismo monasterio, á pesar de la horrorosa pintura que el abad le hizo de los rigores de la vida monástica, y de los esfuerzos hechos por su padre para disuadirle de su idea. El deseo de mayor soledad y de una vida mas perfecta, le impulsó á pasar despues con otro monge á un valle profundo del Apennino, tan sombrío, á causa de los muchos árboles que hay en los montes vecinos, que se le dió por esto el nombre de Valumbrosa (valle umbrío). Fijóse pues en un retiro tan conforme á su espíritu de recogimiento; pero muy en breve acudieron á él tan gran número de discípulos, que se vió precisado á establecer varios monasterios, siendo considerado el de Valumbrosa como la metrópoli de todos ellos.

Juan Gualberto, en quien recayó la eleccion de superior general á pesar de su mas viva resistencia, eligió la regla de San Benito, cuidando de que se observase con mucha exactitud en todos sus puntos, y principalmente en cuanto á la clausura, á la que él mismo era tan adicto que pasando

por aquellas cercanías el Papa Esteban IX, y convidándole á que fuese á verle, mostró el santo solitario una repugnancia que parece mereció la aprobacion del cielo, porque al disponerse para obedecer despues de haber pedido al Señor no permitiese que se escandalizasen los monges al verle salir, sobrevino una tempestad tan extraordinaria, que los enviados del Papa dijeron al abad que se quedase en el monasterio y regresaron solos. El Pontífice al verlos exclamó: «No, ya no quiero que venga: él es un Santo: pida á Dios por mí y por la Iglesia.»

No agradaban menos al santo abad la modestia y sencillez en todo lo concerniente al modo de vivir. Él y sus religiosos vestían una tela parda y grosera, á la que destinaban la lana negra y blanca de sus ganados, mezclada una con otra y sin teñirla. Visitando el monasterio de Muscetano, que era uno de los de su obediencia, juzgó que sus edificios eran demasiado vastos y suntuosos. Dijo sin embargo con mucha moderacion y dulzura á Rodulfo que era el abad: «Sois magnífico, pues habeis edificado palacios.» Y volviéndose despues hácia un arroyuelo que se derrumbaba del monte vecino: «Dios omnipotente, dijo, vengad á vuestros miembros indigentes de una suntuosidad que les es perjudicial.» Apenas se habian retirado, cuando creciendo el arroyo y precipitándose con ímpetu desde lo alto del monte, arrastró consigo tal multitud de peñas y de árboles que arruinaron del todo el monasterio, y el abad lleno de temor quiso edificarle en otra parte; pero el Santo le aseguró que no tenia ya nada que recelar. En efecto, las aguas respetaron constantemente la sencillez religiosa que se subrogó en lugar de una magnificencia profana. Casi del mismo modo castigó Gualberto á otro monasterio por haber recibido todas las riquezas de un hombre que, abrazando en él la vida monástica, privaba á sus herederos

naturales del derecho que tenían á aquellos bienes. Cuéntanse otros muchos milagros que obró San Juan Gualberto á fin de inspirar á sus discípulos el desprecio con que miraba él las cosas terrenas, y le imitaron en esto tan perfectamente, que gozando de la estimacion universal y de la benevolencia de las personas mas poderosas, se vieron muchas veces faltos del alimento necesario, sin que el rigor del hambre les hiciese faltar á la santidad de su regla. Un dia entre otros, en que el santo abad no tenia mas que tres panes para su numerosa comunidad, mandó matar un carnero para distribuirle entre los monges y evitar que muriesen de debilidad; pero ellos no quisieron probar la carne y se contentaron con algunos bocados de pan. Bendijo la Providencia esta regularidad heroica; pues al dia siguiente les llevaron una multitud de acémilas cargadas de abundantes provisiones para su uso. Se mira como el primer ejemplo de los hermanos conversos ó legos, el que el santo abad de Valumbrosa recibia sugetos distintos por su estado de los monges de coro, los cuales por el mismo hecho eran ya casi todos clérigos, ó destinados á serlo (1). Tenia tanto respeto á las órdenes sagradas, que excluía de ellas á todos los que antes de su conversion habian sido concubenarios, simoniacos, ó se habian contaminado con algun otro vicio infamante.

No temió Gualberto con unas virtudes tan puras y tan eminentes pronunciarse por el honor de la Iglesia contra el obispo de Florencia que infundia ya tantos recelos, y que muy en breve vino á confirmar con sus excesos y violencias las sospechas que se habian concebido de su intrusion simoniaca. El intruso envió de noche una partida de gente de á pié y de á caballo para abrasar el monasterio de San Salvio que

(1) Mabill. *praef.* 2, in *sae.* VI. *Bened.*

dependia del de Valumbrosa, y matar todos los monges, entre quienes se suponía estar Gualberto; pero habia salido de allí el dia anterior. Esta expedicion sanguinaria, en que realmente pasaron á cuchillo á muchos religiosos, despertó en el mas alto grado el desprecio y la indignacion pública contra Pedro de Florencia. Denunciáronle poco despues jurídicamente en un Concilio celebrado en Roma el año 1063 (1). Al momento propusieron los monges la prueba del fuego para convencer al obispo Pedro; pero ni el Papa quiso permitirle, ni deponer á Pedro por meras presunciones (2).

Es digno por otra parte de notarse este Concilio romano, á causa del canon cuarto, que se considera como la primera aprobacion formal del instituto de los canónigos reglares. Está concebido en estos términos: «Decretamos que los presbiteros y los diáconos habiten juntos de dia y de noche cerca de las iglesias á que están agregados, como corresponde á unos eclesiásticos religiosos: queremos que sea comun en ellos lo que perciben de la Iglesia; y los exhortamos á que trabajen en adquirir la perfeccion apostólica de la vida comun.» Así se restituía la vida canonical al primitivo estado en que la instituyó San Agustin. Este Santo Doctor, en los sermones de la vida comun que han servido de fundamento á la regla de los canónigos, dice espresamente que solo quiere conservar entre sus clérigos á los que no tengan cosa alguna propia (3). De donde se infiere que esta regla era mas perfecta que la de Aquisgram, que les permitia tener bienes propios, ya fuesen de su casa ó de las rentas de la Iglesia. La aprobacion de este Concilio y el ejemplo de los eclesiásticos reglares y fervorosos, ocasionaron el que la reforma canonical se fuese

estendiendo insensiblemente á los clérigos de varias iglesias, los cuales fueron llamados canónigos religiosos ó canónigos reglares.

El mismo Concilio decidió que los grados de consanguinidad con respecto al matrimonio debian contarse segun los cánones que colocan en el primer grado á los hermanos y hermanas, y no segun las leyes romanas que los ponen en el segundo; decision necesaria en aquellos tiempos para contener los progresos de una doctrina, á que dieron el nombre de heregia de los incestuosos, y que por medio de nuevos cálculos y de otras sutilezas semejantes, solo se dirigia á favorecer los enlaces incestuosos.

Pero volvamos á Pedro de Florencia. Como no le condenó el Concilio del Pontífice, llegó á concebir tal arrogancia que hizo sufrir mucho á su clero (1). La violencia con que procuró vengarse de los que se habian separado de él, los obligó á refugiarse con el arcipreste en el monasterio de Séptimo, situado segun la etimología de su nombre á siete millas de Florencia y dependiente de Valumbrosa. Esta espulsion motivó muchos rumores y conmociones en la ciudad (1067). El clero juntamente con un gran número de ciudadanos se quejaron al obispo de que los separaba de su cabeza en un tiempo en que necesitaban mas que nunca de sus consejos y de su auxilio. «Esto es ya demasiado, añadieron: ¿cómo hemos de continuar unidos con un obispo, á quien no podemos acercarnos sin que nos grite el pueblo: *andad, hereges, con vuestro herege?* Nos acusan de que esponemos su ciudad á una ruina cierta y á todos los horrores de la venganza del cielo, y de que arrojamos de ella á San Pedro para dar entrada á Simon Mago y adorarle en lugar de Jesucris-

(1) Tom. 9. *Concilior.* pag. 1175.

(2) Vit. S. J. Gualb. cap. 62.

(3) August. *Serm.* 353 et 356.

(1) Vit. S. J. Gualb. cap. 63 et 64.